

UN ritmo de acelerado despertar cósmico difuminaba matizando en colores, las sombras de la noche. Era un 8 de septiembre, el 8 de septiembre más concretamente, cuya aurora lo era de una Nueva Edad. Como el beso de un rayo de sol al rocío frío de una anemona, los labios immaculados de Miriam sorbieron las lágrimas de su madre Ana: la anciana que retoñara en níniz aplicándose el verso del Salmista, "Lactare sterilis... Alégrate, tu, la esteril".

Solo el niño debía catalogarse entre los anónimos hasta el día de su circuncisión: entonces el estilete sangrante escribiría su nombre. Vigía para las niñas distinta ley... Y aquel mismo día de su nacimiento recibió sin duda la nena de Joaquín y Ana el nombre de Miriam. Así se la llamó en el pueblo. Recordaba a la Miriam de Moisés, su hermana, única que hasta entonces llevara en la tradición hebrea, santificándolo, el nombre de María.

Miriam era un nombre bonito, preferido para la niña inspiradamente—sin recurso a una externa y especial revelación. Miriam es María en San Lucas, de donde deriva—constituyéndose en nombre universal— a nuestras lenguas modernas. De raíz verbal difícil de precisar por su abundancia, la piedad ha ido vivificando la nómima fría de los filólogos.

Las interpretaciones que Miriam admite se reducirán a simples explicaciones de su contenido eminentemente polifacético. El silogismo tradicional es de simplicísima estructuración. El nombre significa a la cosa que nombra. La Virgen es perfectísima en y con toda perfección: luego cualquier significado que atribuyamos a María, encontrará la verdadera razón en María.

Fray Luis de León, el bendito agustino del Belmonte, de Cuenca, escribió "De los nombres de Cristo", diferentes, dice, de "Los nombres de Dios". Para estos no ha llegado tal vez aun su "mes de junio, a las vueltas de la fiesta de San Juan"; ni hay ya lugar en "la huerta grande" que "tiene mi monasterio en la ribera del Tormes"; ni los mozos Sabino y Juliano vuelven a acompañar a Marcelo.

La Teología ensaya el defecto y lo hace en parte, pero le falta la seriedad clásica que sobra a nuestro Fray Luis y concluye desesperadamente vocando a Dios inefable—como si inefable no fuera precisamente su nombre mas propio! Lo que ni se insinúa—en tratados mariológicos como el de Terrien y G. Alastruey o en devocionarios y vidas de María como la de William—es el libro de los nombres de la Virgen. Se trata de nombres que la Escritura, la Iglesia y la Tradición dan a María.

"Son estos nombres—diría Fray Luis repitiendo su Dedicatoria de los Nombres de Cristo—como unas cifras breves, en que Dios maravillosamente encerró todo lo que acerca de este humano entendimiento puede entender y le conviene que entienda". Habría que definir el nombre como Juliano lo hizo objetando a Marcelo: "El nombre es imagen que sustituye por cuyo es" o como lo define este, "el nombre es como cosa disrazada en otra manera"—por semejanza natural, dirá más tarde, y es la noción que a nosotros nos interesa; o por voces que nosotros fabricamos.

El nombre puede ser común y entonces incluye en su significación pluralidad de objetos; puede ser propio correspondiendo a lo teológico notional, es decir: el hombre o razón propia que distingue una persona o cosa de otra. En cuanto distingue de otra, presenta a la primera como cognoscible.

Era preciso anticipar estos conceptos si queríamos suclar la cuestión dentro de su legítimo estado. Diría Fray Luis: "Los nombres de María, que decimos ahora, son aquellos solos que convienen a María conforme a los ricos tesoros de bien que encierra en sí su naturaleza humana, y conforme a las obras que en ella y por ella Dios ha obrado siempre obra en nosotros".

Ni siquiera mencionamos la serie de gracias con que los enamorados de María la han galanteado. Bastaría recoger en San Alfonso María de Liguorio, de su propia cosecha o de la ajena, el número numerosísimo de sus piosos. Excluimos la letanía de títulos con que generalmente invocamos a María. Eliminamos muchedumbre de privilegios que resultando de su Maternidad, califican a María. Mencionamos igualmente las incontables advocaciones con que le designa el pueblo cristiano. Ollamos los nombres que como hija de la Casa de David, regulaban en vida su posición social. Preterimos las figuraciones o tipos que en el Antiguo Testamento nacieron para representarla: Así Eva, María, hermana del Moisés redentor con minúscula de su pueblo; Judit, Ester, etc. Trataremos únicamente de sus nombres propios. De éstos y nada más. En forma de tesis teológica subrayamos que nos hemos quedado reducidos a lo puramente teológico, comprendiendo en este término Magisterio, Escritura y Tradición—

LOS NOMBRES DE LA VIRGEN

(Por A. ELDUAYER, C. M.)

en terminología enfática de escuela carbia enunciar:

Se dan en María doce nombres propios y siete nociones. Los nombres propios de María son: Virgen, María, Graciosa—o Santísima o llena de Gracia, esclava, Madre del Verbo—Dios y Esposa del Espíritu Santo, Bienaventurada, Inmaculada, Asumpta, Reina y Señora, Medianera. De estos nombres algunos son participados por otras criaturas y entonces aunque propios se llaman esenciales—a quienes vian esos estados. Así la Virgindad, la Santidad, la Esclavitud y la Bienaventuranza, por no mencionar el mismo nombre de María.

Se dice entonces que estos nombres propios y comunes a la par, se realizan en María según formalidades eminentes. Hay algo en ellos que es personal de María e incommunicable, a saber: Su grado de perfección. Diríamos que los susodichos nombres, convienen a María por antonomasia. Hay muchas Virgenes, pero María es la Virgen por excelencia; muchas Bienaventuradas, pero sólo María adecua agotándola en lo humano, esa misma Bienaventuranza.

Nombres notacionales de María o lo que es lo mismo razones ónticas que simbolizan a María definiéndola en un ser, son todos los restantes de Asumpta y Esposa, de Inmaculada y Asumpta, de Reina y Señora, de Medianera últimamente.

En la imposibilidad de un desarrollo pleno y probativo, leeremos los nombres como quien pasa lista:

Virgen: porque nunca concibió a varón y concibió por obra del Espíritu Santo. Antes, en y después del parto la Virgen permaneció siempre Virgen, aprendemos en el catecismo.

María: Ensayos de Etimología popular son, "Estrella del mar"—horroroso de esta vida; "Mar amargo"—

u "Océano de gracias con hieles de martir"—Corredentora. La fe de imputación del Medievo la llamó "Gota" y "Mirra del mar"—de esta vida salobre en amarguras. Dentro de la economía soteriológica, María designa a la Virgen como "Pariente del Excelso" y "Amada del Señor". Se podría disputar sobre los significados del nombre de María, pero nunca que éste es propio suyo. Jugando al crucigrama, el acróstico tradicional del nombre de María dice:

Madre de Dios según la carne y de los hombres según el espíritu. Amante de Dios y de los hombres como la Sabiduría tendría sus delicias en jugar con los hijos de los hombres.

Reparadora en el Fiat de su esclavitud que la convierte en Corredentora de al humanidad.

Intercesora como medianera de las gracias en su "Omnipotencia suplicante".

Abogada que nos defiende como Angel Custodio y Madre de Dios y nuestra.

Graciosa: Sustituye a María en el saludo del Angel: "Ave, la de gracia plena..." "La Madre del Señor, decía en otro sentido San Ambrosio, encinta del Verbo está llena de Dios".

Esclava: Ecce ancilla: La Esclava en que se agradó el Señor. Ser esclavo, así, en la generalidad del vocablo y aparte ambientación histórica, no tiene significación precisa. Lo interesante es saber de quien se es esclavo. María era de Dios y no del mundo. Desordenar este orden es pecar. Generalmente tendemos a inyectar en el concepto esclavo una dosis negativa de abyección y miseria, ¿por qué? Precisamente el mayor título de gloria de María es poder vocarse a sí misma Esclava—la Esclava de Dios, claro está. Su confesión de esclavitud correspondería

a su más alto conocimiento de Dios y a su deseo de servirle. Era la comprensión verdadera del "servir es reinar". "Y he aquí, canta el Magnificat, que desde ahora y por esto todas las generaciones me llamarán Bienaventurada".

Bienaventurada: La saludaron el Angel y su prima Isabel. Mejor que Bienaventurada, la Bienaventurada entre todas las mujeres. Ese artículo sustantivo el ser de bienaventurada levantándolo a una categoría de superior trascendencia. María o la Bienaventurada por antonomasia.

Madre del Verbo Dios y Esposa del Espíritu Santo: Es fácil comprobarlo por el mensaje del Arcángel a María. "Concebirás y darás a luz un Hijo"—nada más se requiere para ser Madre. "Y le pondrás por nombre Jesús: será grande y se llamará el Hijo del Altísimo"—Juego si el Hijo es Dios, la Madre lo será de Dios según generación. "El Santo que nacera de ti será llamado el Hijo de Dios. El Espíritu Santo descenderá sobre ti y te cubrirá con su sombra". (La acción del Espíritu Santo obrando en las entrañas de la Virgen María, formando de su misma carne un cuerpo al que se le infunde un alma y cuya persona humana—de este ser así formado—es asumida por la Persona del Verbo), sustituye e imitando, la obra seminal del esposo. Luego el Espíritu Santo por una acción directa y superior, trascendente al modo humano de operación y en cuanto al efecto resultando idéntico a lo generacional, es de una manera eminente Esposo de María y ella misteriosamente su Esposa). Nestorio impugró y Cirilo de Alejandria propugnó la Maternidad de María: Efeso (431), Calcedonia (451), etc., se resolvió siempre por el therticos: María Madre de Dios.

Inmaculada Concepción: Es un dog-

ma de fe. Hay solo una que sea llamada, María: Inmaculada o la llamada es igual. Escoto cerró el argumento que tomara del Pseudo Agustín convenia que Dios eximiese a su Madre del pecado; luego si pudo hacerlo lo pudo—lo hizo.

Asumpta: Hablando sobre la Asunción de María propugnaba el Pseudo Agustín que si ésta no se debía ni venia a María, había congruencias en parte del Hijo que engendrara. Apoyado en la Tradición, la Iglesia se pregunta, ¿podría morir la "Madre de la vida"? y contesta: "La carne de Jesús es la carne de María". Y Jesús está en el cielo...

Reina y Señora: Entramos justo como suele la Tradición. Reina por ser Señora y es Señora porque comparte en sentido propio y formal la realeza de Cristo. "Del mismo imperio reino del que el Hijo tomó el nombre de Rey, dice San Alberto Magno, tomó el de Reina". Reina de la misericordia. Comentando Santo Tomás Ester IV, dice "que recibiendo Madre de Dios la mitad de su realeza, ha sido constituida Reina de la Misericordia. Ella cuyo Hijo es Rey de la Justicia". Dos partes integran el poder real: justicia y misericordia. Reservando Dios para sí la primera, la segunda confió a su Madre.

Medianera: Este nombre se lo da lutosamente el pueblo cristiano: la madre siempre intercede. Cristo es el diador nato, pero tal vez ni Cristo para tal sin la Mediación que supone fiat de María.

Cualquier otro trabajo distinto de este artículo periodístico, profundizaría la genética de esta nomenclatura. Como al preguntarse por la fuente técnica que cuestiona las perfecciones de María, será también cuestión interesante indagando qué nombre sea más inductivo de los demás. ¿Madre de Dios?

Otro trabajo dentro del marco de esta nomenclatura mariana, versa sobre su sentido de vivencia: ¿ha vocado el pueblo cristiano estos nombres de María? ¿Hasta qué grado los sentida? ¿Cómo los ha vivido y de qué manera ha pretendido eficaz o incazmente plasmar sus vivencias? respuesta no la daría la historia, que es a ella a quien principalmente pregunta.

Una historia del culto y sus festividades nos signaría la trayectoria marcada en cualquier calendario litúrgico: Fiestas del Dulcísimo Nombre de María, 12 de septiembre; de la Asunción, 25 de marzo, que honra a María como Virgen, Madre y Esposa del Espíritu Santo, etc.

Una historia del dogma nos mostraría los esfuerzos por la fijación de atribuciones infalibles de María: Virgen, Madre de Dios, Inmaculada, etcétera.

Un santoral nos aclararía el diverso sentir y diverso modo de sentir con los santos han vivido las vivencias esos nombres. Hay quien prefirió considerarlos como Virgen, quien la llamó mejor Madre. Aparte, la dulzura ambrosia y suavidad que como el nombre de Jesús exhalaba la pronunciación de María.

Una historia del arte proyectaría nuestros ojos las Catedrales y Basílicas e Iglesias consagradas a esos mismos nombres. Notre-Dame celebra a María como Señora. En Efeso había un templo que recordaba el misterio de la ternidad de María. Iglesias que se men de la Inmaculada hay muchas, empezando por Lourdes. Todas las consagradas a la Milagrosa están consagradas en cierto modo a María Mediana.

Hay una advocación que en la letanía lauretana reza: "Sedes Sapientiae", de esta la Sabiduría. Las Iglesias Orientales le dan el nombre de Sophia. Sophia es un término de significación precisa: querría decir Sabiduría y Sobre ese mismo vocablo como base intenta construir hoy una teología—se trata aquí precisamente de la nueva teología nueva—una nueva teología que recoja las constantes tradicionales y sobre todo vehiculice el pensamiento oriental inyectándolo en el occidental. Su método se caracteriza por la unidad: es una explicación lógica unitaria de todo el ser. Es la misma unidad que priva en la Basílica de Santa Sofía. Su construcción resalta la importancia de la Catedral nuestro medievo.

Era necesaria esta disgresión para patentizar que además de los nombres propios susmencionados hay años un predicado con hondas raíces historia y vivencia que se atribuye a María. María como Sophia o como Sabiduría. Tal vez el Occidente interese mejor como la Luz.

Y es precisamente en nuestra cultura donde se venera esta Virgen de Luz. Tendríamos que la invocación de Luz, conviene a María como libre propio notional. Luz como participación íntima de la Luz de Dios como conciencia clara de la voluntad divina. Y Luz como realización de esa misma voluntad.

La triple coronación de la Santísima Virgen

Por Martín Garcés

Presidente de la Comisión Permanente Pro-Coronación

NESTOS únicamente a describir los ritos indispensables del acto visible y terreno de la coronación de la Virgen María, nuestra Madre, habríamos de poner muy presto punto final a nuestro trabajo. Un jerarca eclesiástico bendice la corona y la coloca sobre la cabeza de la bendita imagen; eso es todo. El original boato y esplendor de que ordinariamente se ven rodeados estos actos, bien podríamos decir que son sobraañadido, o que vienen por añadidura.

El específico canónico de la misma, sin embargo, nos da pie para proponer, a nuestros muy estimados lectores, como tres puntos de meditación, la triple coronación de nuestra querida Patrona, la Santísima Virgen de la Luz.

La primera coronación de María es la coronación celestial. María está en el cielo, y la Iglesia no cesa de proclamarla Reina de todo cuanto hay en la Tierra, como de cuanto hay en el cielo y no es Dios, porque, según S. Buenaventura, "todo lo que de hermoso, todo lo que hay de dulce y alegre en aquella soberana ciudad, después de Dios, todo es de María, todo está en María y todo es por María".

El Padre la ha coronado con corona de castidad, dándole en dominio los cielos, la tierra y los abismos. El Hijo ha ceñido su frente con la corona de la Sabiduría, dándole claro conocimiento de la divina Esencia y de todo cuanto hace a su altísima dignidad y a su estado de Madre y Abogada nuestra. La corona de la Caridad se la ha dado el Espíritu Santo, inundiéndole tal amor de Dios y del prójimo, que nunca nosotros lo llegaremos a comprender.

Por eso todos los seres angélicos y humanos le rinden vasallaje y la aclaman Reina, siendo esta coronación fundamento de todas las demás.

La Iglesia católica celebra esta fiesta junto con la Asunción de María a los cielos, de la que mientras los autores místicos, especialmente los españoles, entre los que de escuela el B. Pedro de Ribadeneira, apoyados o



en pasajes de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, han hecho bellísimas descripciones, los artistas han glorificado este misterio de la Virgen presentándolo de múltiples maneras, y en innumerables ocasiones, desde el mosaico de Santa María la Mayor, de Roma, ejecutado por Jacobo Torriti, antes del año mil doscientos noventa y cinco, que parece ser la representación más antigua de este asunto.

La segunda coronación de la Virgen, que es la coronación canónica motivante de este trabajo, se halla dentro de la disciplina eclesiástica, y es el acto de poner una corona en la cabeza de la Santísima Virgen, cosa que llegó a ser práctica común en la Iglesia de Oriente, pasando después a la de Occidente. Tratase de un privilegio otorgado por la Santa Sede, por medio del Ilmo. Cabildo Fábrica de la Santísima Patriarcal Basílica del Príncipe de los Apóstoles de la ciudad de Roma, en favor de aquellas imágenes de excepción de culto, tanto por la antigüedad de su culto, como por el número y esplendor de sus milagros, y por la singular devoción que los fieles sienten hacia ellas.

En cuanto a las rúbricas usadas en semejantes casos, recordemos lo que se hizo en quince de agosto de mil ochocientos treinta y siete, en el acto de la coronación de la Virgen de Santa María la Mayor, en Roma, por el Papa Gregorio XVI. Este Sumo Pontífice, acompañado por el gran número de cardenales y prelados, bendi-

jo la corona, con una oración compuesta para aquella ocasión, rocióla con agua bendita y la incensó; cantóse el Regina Coeli y se aplicó la corona a la imagen, diciendo el Papa: Como por nuestras manos eres coronada en la tierra, así por ti merezcamos ser coronados en el cielo".

No es raro que las coronas se ayan bendecidas por el mismo Papa, como sucedió con las de la Santísima Virgen de Gracia, de Caudete (Albacete), ni que haya sido donadas por Aquel, así como la exigencia de que sea de oro la diadema. Del mismo modo parece ser de rúbrica el que la imagen, a la que haya sido concedido el privilegio, deba ser coronada dentro del año de la concesión.

De ordinario, aun siendo privativo del Cabildo de referencia la concesión y la realización del favor otorgado, suele comisionar, para el acto de la coronación, a los señores obispos de las respectivas diócesis, con la facultad, sin embargo, de que éstos puedan sub-delegar en otro Obispo o jerarca cualquiera.

III

Y es la tercera coronación, aquella por la que hacemos, a la Virgen, reina de nuestro corazón. Es la más sencilla, la menos espectacular, pero, hoy por hoy, es la que más anhela su corazón de Madre. Desde que su Hijo la hizo Nuestra, sólo sueña en la posesión de nuestras almas.

La corona que ciñe sus sienes en el cielo, es segura y perdurable. Ella no sume a la Virgen en temores y recelos; la hacen feliz con una felicidad absoluta e inalienable. Y la corona con que honramos sus imágenes, nada vale si no es símbolo de la fe amor con que reina en nuestras almas.

Las almas, las almas, son la única preocupación de nuestra Virgen. Son susyas, porque Cristo se las cedió en herencia, y teme que caljen bajo el imperio del demonio.

¡Sométamonos al reinado espiritual de María haciendo de trono nuestro corazón.

